

Mona Chollet

Reinventar el amor

Cómo el patriarcado sabotea las relaciones heterosexuales

Codificada en nuestras comedias románticas y modelos de pareja ideal, existe una forma de inferioridad femenina que sugiere que las mujeres deben elegir entre la realización personal y la romántica. Este condicionamiento social y las actitudes que se nos insta a adoptar hacia el amor resultan en un desequilibrio de poder

que puede culminar en violencia. Este libro explora las facetas de la pareja heterosexual para reinventar el amor, deshacerse del ideal romántico promovido por la visión patriarcal y construir relaciones basadas en la igualdad. ¿Cómo pueden las mujeres encontrar su propia mirada y su voz?



PAIDÓS

MONA CHOLLET

REINVENTAR EL AMOR

Cómo el patriarcado sabotea las
relaciones heterosexuales

Traducción de Núria Petit

PAIDÓS Contextos

SUMARIO

Introducción. La ilusión del oasis	7
Dar el gran salto	10
El amor y la rabia	16
El sueño de una «heterosexualidad profunda»	22
Prólogo. Entre conformismo y nihilismo.	29
<i>Bella del Señor</i> , el antimapa de Tendre	34
Las delicias de la amplitud temporal	40
«Si la vida solo ha sido una siesta de verano»	45
«Dos seres que se aman forman uno solo: ¿cuál de ellos?»	50
1. ¿«Hacerse pequeñita» para ser amada? La inferioridad de las mujeres en nuestro ideal romántico	57
«Si aprietas un poco, se rompen».	61
«Se ruega no brillar demasiado»	66
«Erotizad la igualdad»	71
Las consecuencias de ser un fantasma	75
«Una mujercita de piel amarilla»	79
De Pierre Loti a Marlon Brando	83
La «doble feminización» de las mujeres asiáticas	89
«Ella no habla»	95

2. Hombres de verdad. Aprender de la violencia conyugal. . .	99
¿Perversos narcisistas o hijos sanos del patriarcado?	102
Un aplomo a prueba de bomba	108
Nuestra reverencia por las emociones de los hombres	112
La imposibilidad de defender los propios intereses .	116
Cuando el entorno rompe la violencia, o la multiplica .	119
La parábola de Manniford McClaine.	123
«Me sentía como su madre».	128
«El novio perfecto».	133
El amor y la muerte, la prosperidad de un cliché. . .	139
Los derechos exorbitantes del artista atormentado. .	143
3. Las guardianas del templo. ¿El amor es cosa de mujeres? .	149
La alienación y la sabiduría	153
«Salir de la sombra y del anonimato».	158
Un «núcleo de dependencia».	163
El papel irresistible de la mujer desamparada	167
Reordenarse a uno mismo	171
Las otras mujeres, un mal menor o unas rivales.	177
¿Y la dependencia masculina?	183
Hombres fortaleza y mujeres desfiguradas	190
«Porque estás vivo»	196
Saber renunciar.	201
4. La gran desposesión. Convertirse en sujetos eróticos. . .	209
Aflojar el cerco de las miradas	214
Historia de un silenciamiento.	219
La mujer que tiene fantasías es un «monstruo»	224
Harrison y yo	228
O, o la historia de un pirateo	233
Un veneno..., ¿o un contraveneno?	237
Agradecimientos.	247
Notas.	249

¿«Hacerse pequeña» para ser amada?

*La inferioridad de las mujeres
en nuestro ideal romántico*

«Nicolas Sarkozy, un hombre apasionado. Francia, la política, Carla: el libro que hace furor.» En verano de 2019, la portada de *Paris Match* en la que figuraban Nicolas Sarkozy y Carla Bruni provocó una carcajada general. La antigua *top model* apoyaba la cabeza en el hombro de su marido, que aparecía como un coloso protector, cuando, como todo el mundo sabe, ella es más alta que él. En vista de las burlas, el semanario publicó una explicación hipócrita: no, la foto no había sido retocada. Simplemente, la pareja había posado en la escalera que conduce al jardín de su propiedad, y el expresidente estaba un peldaño más arriba que su esposa...¹ Aquí se combinan dos modelos de deseabilidad: por un lado, el del hombre al cual el poder convierte en irresistible, dispensándolo de cumplir con cualquier otro criterio de seducción masculina convencional; por otro, el de la mujer trofeo, que presenta las características que se esperan de una modelo, empezando por la altura.

En aquella ocasión, la periodista Pauline Thurier sacó a relucir las portadas anteriores de *Paris Match* donde figuraba la pareja. Todas las veces, Carla Bruni estaba situada en posición de inferioridad, en posturas que sugerían fragilidad o sumisión. La vimos sentada en el regazo de su marido como una niña, tumbada

en un sofá con la cabeza sobre los muslos de su marido, acurrucada contra él al fondo de una góndola en Venecia, o caminando a su lado en una playa, pero... con la cabeza inclinada, como para quedar por debajo de una barra invisible definida por la estatura de él. Charlène, la esposa del príncipe Alberto II de Mónaco, fue tratada igual en las fotos de familia tras el nacimiento de sus gemelos, lo mismo que Diana Spencer cuando estaba casada con el príncipe Carlos en la década de 1980: en las fotos oficiales, Carlos siempre parece pasarle una cabeza, cuando en realidad medían lo mismo.²

Tragarse la píldora roja de *Matrix* es prestar oídos a la tesis de la feminista americana Catharine MacKinnon: «Lo masculino y lo femenino se crean mediante la erotización de la dominación y de la sumisión». Según ella, «la dominación y la sumisión son actitudes a partir de las cuales se constituye la diferencia de géneros», resume Manon Garcia, que la cita.³ Usando esta clave de comprensión, vemos de repente cómo toda nuestra cultura amorosa se dedica a naturalizar, e incluso a celebrar, los signos de dominación en el hombre y de sumisión en la mujer, presentándolos como los secretos de una unión armónica. El discurso convencional según el cual la liberación creciente de las mujeres habría arruinado las relaciones amorosas implica, por otra parte, una confesión: nuestra organización sentimental se basa en la subordinación femenina. ¿No es asombroso que ese orden de cosas nos parezca tan natural, y que sea ponerlo en cuestión y no la situación de partida lo que contraría a mucha gente? Así, en 2010, el título de un artículo del *New York Times* resumía cándidamente el problema de nuestra época: «Keeping Romance Alive in the Age of Female Empowerment» [«Cómo preservar el romanticismo en una época de emancipación de las mujeres»]...⁴ La inferioridad femenina está, como quien dice, encapsulada en nuestro imaginario amoroso. Empezando por una inferioridad literal, visible inmediatamente: en una pareja, el hombre debe ser más alto que la mujer. «La vida en pareja es menos frecuente entre los hombres

de baja estatura —señala el sociólogo Nicolas Herpin—. Esta situación no es debida a su condición social. Si bien los obreros son de media más bajos que los ejecutivos, los efectos de la estatura a la hora de emparejarse es parecida en ambos ambientes sociales.»⁵ Los hombres buscan esta diferencia, pero por lo visto las mujeres aún más.⁶ Miriam, una joven que mide 1,82 metros, cuenta que un hombre con el que tenía una cita palideció cuando ella se puso de pie: «Nunca volvió a llamarme». Algunos de sus novios le pidieron que no llevase tacones, pero ella se negó: «Ahora, lo hago como una especie de protesta. No quiero empequeñecerme».⁷

La diferencia promedio de estatura entre hombres y mujeres (que es actualmente una realidad en todo el planeta), ¿obedece a una fatalidad biológica? En 2013, el comentario de Véronique Kleiner *Pourquoi les femmes sont-elles plus petites que les hommes?* [¿Por qué las mujeres son más pequeñas que los hombres]⁸ popularizó una hipótesis de la antropóloga Priscille Touraille⁹ que se inclina por la negativa. En todas las latitudes, en efecto, las mujeres están peor alimentadas que los hombres. Según la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), sufren el doble de malnutrición que los hombres. Las niñas corren el doble de riesgo de morir y tienen más carencias de proteínas animales. Las mujeres preparan y sirven la comida, pero se conforman con las partes menos buenas y a menudo prescinden de la carne. Ahora bien, durante el embarazo y la lactancia, necesitarían un 30 % más de proteínas animales y cinco veces más hierro (también necesario para prevenir las anemias debidas a la menstruación) que los hombres. Una vez terminado el crecimiento, estos últimos, contrariamente a las ideas recibidas, necesitan sobre todo glúcidos...

La antropóloga Françoise Héritier contaba que, en su campo de investigación, en Burkina Faso, había tardado años en percatarse de que, cuando los bebés reclamaban el pecho, las madres se lo daban inmediatamente si eran niños, pero a las niñas les hacían esperar. Cuando preguntó por qué, le contestaron que los prime-

ros tenían el cuerpo rojo y corrían el peligro de explotar de furor si no los alimentaban enseguida. En cuanto a las segundas, le dieron una respuesta de naturaleza sociológica, y ya no «fisiológica»: había que «enseñarles la frustración», porque, como mujeres, no obtendrían «nunca satisfacción en la vida». «Así creáis dos variedades humanas totalmente diferentes en cuanto a expectativas —comentaba Françoise Héritier—. Una que esperará la satisfacción inmediata de todas sus necesidades y todas sus pulsiones, y la otra que estará destinada a esperar la buena voluntad de otra persona. Es una domesticación extraordinaria, y eso pasa por la alimentación.»¹⁰ La lógica es la misma en Europa o en Norteamérica, como han demostrado especialmente los trabajos de la filósofa americana Susan Bordo sobre la delgadez.¹¹

A lo largo de la evolución, esa «carencia organizada» acaso haya podido terminar haciendo a las mujeres más bajas, puesto que detener el crecimiento es el medio que el organismo utiliza para resistir las privaciones. La hipótesis de Priscille Touraille provocó un ataque en toda regla en la prensa de derechas y por parte de los antifeministas, que dieron la palabra a unos científicos según los cuales no se sostiene. Interrogado por la periodista Peggy Sastre, el biólogo Michel Raymond recuerda esta otra explicación: «Los gorilas machos luchan, y los más altos tienen una ventaja, lo cual contribuye a explicar que su estatura sea mayor que la de las hembras. En el hombre, la violencia es inmemorial, como demuestra la arqueología, y la estatura no es independiente de la dominación social. Además, las mujeres prefieren a hombres más altos que ellas». Su colega Robert Trivers señala que «el dimorfismo sexual no empezó con nuestro linaje en la época paleolítica; los machos son más altos y más gordos que las hembras en todos nuestros primos más próximos, tanto en las dos especies de chimpancés, como en los gorilas y los orangutanes».¹² Sea como fuere, no vemos sin embargo por qué esa superioridad del hombre respecto a la mujer tendría que estar presente en *todas* las parejas.

«SI APRIETAS UN POCO, SE ROMPEN»

Si bien el mundo de la moda exige de las modelos que sean más altas que la media, muchos otros criterios de seducción y atributos femeninos denotan una forma de debilidad, de impedimento o de impotencia. La delgadez traduce la obligación de ocupar el menor espacio posible. Las faldas y los tacones altos dificultan el movimiento.¹³ La juventud se considera más deseable porque se asocia a la ingenuidad y a la maleabilidad.¹⁴ «El hombre es bello cuando es poderoso. La mujer es bella cuando es débil», resume Noémie Renard, que firmó en 2016 una serie de artículos demoledores sobre el tema.¹⁵ En ellos demuestra la universalidad de ese ideal de impotencia, por diferentes que sean las formas que adopte. Por ejemplo, la alimentación forzada de las muchachas cuando se las prepara para el matrimonio, una costumbre que practican algunas poblaciones nómadas del oeste del Sáhara, permite inmovilizar a las mujeres y controlarlas mejor; viven enclaustradas y dependen enteramente de los hombres. En cuanto al vendado de los pies de las chinas, que se usó hasta principios del siglo XX, tenía como efecto, al dotarlas de una marcha precaria, el sugerir delicadeza y fragilidad. Noémie Renard cita a la universitaria Wang Ping: «Los hombres no pueden evitar sentir lástima por ellas y enamorarse. Todos estos elementos son indispensables para el erotismo chino y el encanto femenino».

La expresión de la debilidad también puede pasar por la voz. Algunas mujeres se sienten tentadas de adoptar una voz de «bebé sexi» cuando se dirigen a un hombre: «Los bebés no tienen poder social, económico ni sexual», insinúa la socióloga Anne Karpf, que explica esa tentación por la necesidad aprendida de «proteger el ego masculino». Dice haber observado que muchas mujeres «extremadamente brillantes» tienen enormes dificultades para utilizar la voz. La idea de emplearla con toda su fuerza las aterra. «Raras veces he encontrado a hombres que tengan el mismo problema.»¹⁶ El imperativo de la sonrisa, símbolo de la abnegación, la

disponibilidad y la empatía que se espera de las mujeres, contribuye también a alterar su voz, pues «acorta el conducto vocal», explica la lingüista Laélia Véron.¹⁷ Y pobres de las que tienen un timbre considerado amenazador. La actriz Anna Mouglalis cuenta que, al terminar el conservatorio, un foniatra le sugirió una «pequeña intervención» —que ella rechazó— para hacer su voz menos grave.¹⁸

Femenino significa a menudo «constreñido, reducido, limitado en la expresión de sus capacidades». Así, a las mujeres se las alienta a hacer deporte para tener un cuerpo delgado y firme, pero deben procurar desarrollar solo unos músculos discretos, esbeltos, que no sugieran demasiada fuerza. «Entre las estrellas femeninas, están las bombas, las que son guapas y bien paridas. Pero también están las otras, las que abusan del deporte y sobre todo de la musculación», escribía por ejemplo la revista *Public* en 2013. Y mostraba las fotos de algunos de esos «monstruos»: Madonna, Gwen Stefani, Hilary Swank, o la que fuera *top model* Elle Macpherson, cuyos brazos apenas dibujados invitan sin embargo a concluir que solo lo endeble merece la aprobación de la implacable redactora. «Cuando miramos sus cuerpos, una cosa nos llama la atención: tienen los brazos de un Superman tipo Henry Cavill —el actor que interpreta al superhéroe en el cine— o un vientre demasiado musculado que da miedo. O sea, chicas, que si deseáis ser bellas y musculadas, haced abdominales y glúteos, corred, haced bicicleta, natación o pilates, pero sin exagerar. Hay que saber dosificarse. Hacer ejercicio tres veces por semana es lo máximo.»¹⁹

Se considera en general que, si el gusto dominante rechaza a las mujeres muy musculosas, es porque lo que se les pide ante todo es que ofrezcan un espectáculo agradable, y esos músculos no son estéticos. ¿Pero no es eso tomar el problema al revés, omitiendo preguntar por los criterios que determinan nuestros gustos? ¿No es más bien porque no se soporta la expresión de la fuerza en las mujeres por lo que estas no nos parecen bellas? «Quisiera que empezásemos a mirar políticamente nuestros gus-

tos —decía en una entrevista el filósofo Paul B. Preciado—. Hay que desconfiar de que nuestros gustos y nuestros deseos sean algo natural. Los gustos se producen y se fabrican políticamente. Y, por supuesto, hay gustos que son hegemónicos. Cuanto más de acuerdo estás con el gusto hegemónico, más te aceptan los demás, más normalizado y controlado estás, y menos capaz eres de construir una estética de vida.»²⁰

Más alta y gruesa que la media, la escritora Alice Zeniter sintió despecho, de niña, al descubrir los atributos de la mujer ideal en los autores clásicos: «Tobillos delicados», en Charles Baudelaire; «muñecas como cerillas» y «pantorrillas de médula de saúco» en André Breton... En *Nuestra Señora de París* de Victor Hugo, Esmeralda es delgada y frágil «como una avispa». Alice Zeniter comenta: «Yo no formaba parte de esas hermosas mujeres y aquellos textos me lo hacían saber. Una parte de mí misma estaba triste, terriblemente triste, al verse excluida del mercado de las tías buenas antes incluso de haber podido entrar en él, pero otra parte de mí ya empezaba a rugir y se repetía: “¡Mejor! ¡Estupendo!”. No quería en absoluto ser de esas mujeres de saúco y de cerillas, claro que no, jamás, porque ¿qué se hace con esas muñecas tan finas y esos tobillos tan delicados? Pues lo que significa es que si aprietas un poco se rompen. Los hombres babeaban delante de unas mujeres tan frágiles como muñequitas de porcelana, y además no lo digo yo, sino Honoré de Balzac: “Esther poseía esa estatura media que permite convertir a una mujer en un juguete, cogerla y volver a dejarla”».²¹

Esta censura de la fuerza de las mujeres so pretextos estéticos se impone incluso a las deportistas profesionales, a pesar de la contradicción evidente que ello implica, ya que las obliga a no desarrollar todo su potencial. En 2015, mientras la jugadora de tenis Serena Williams sufría un diluvio de insultos sexistas y racistas a causa de su cuerpo, considerado demasiado poderoso, el entrenador de Agnieszka Radwańska explicaba en estos términos por qué la joven polaca no tenía un físico tan atlético: «Nuestra

decisión es hacer que siga siendo la jugadora más menuda del *ranking*, porque es ante todo una mujer y quiere seguir siendo una mujer». En un mundo menos sexista, ¿no habría habido que despedir a ese hombre por incompetente? En cuanto a Maria Shará-pova, en 2014, cuando era la atleta femenina mejor pagada del mundo, se sintió obligada a declarar: «No logro levantar pesos de más de dos kilos. Tengo la impresión de que sencillamente es inútil».²²

En un texto titulado «The Strongest Woman in the World» [«La mujer más fuerte del mundo»], la escritora y activista feminista Gloria Steinem relató su sorpresa cuando, en 1985, con ocasión de un documental,²³ descubrió a la campeona australiana de *bodybuilding* Bev Francis. Esa «pionera amable, inteligente y valiente», que en aquel entonces era «más fuerte que Arnold Schwarzenegger», la obligó a enfrentarse a sus propios prejuicios. La película se había rodado en Las Vegas, donde se celebró una competición femenina de *bodybuilding* durante la cual la musculatura ultradesarrollada de Bev Francis perturbó sobremanera a los jueces. Se les ve mantener una discusión acalorada para «llegar a una definición clara de la palabra *feminidad*». Nada menos. «Lo que buscamos —suelta el que parece ser el presidente del jurado— es una mujer que presente cierta estética femenina y que al mismo tiempo tenga los músculos que demuestren que es una atleta.» Uno de sus jóvenes colegas se rebela: «Estoy en desacuerdo con la idea de que haya un límite más allá del cual las mujeres no pueden participar en este deporte. Cuando usted dice que deben ser atletas, pero no ser demasiado masculinas, ¿qué significa eso exactamente? Es como si la Federación Americana de Esquí pidiera a las esquiadoras que no superasen determinada velocidad. ¿Quiénes somos nosotros para decir quién se parece a una mujer y quién no?», a lo cual el otro contesta: «Queremos lo mejor para nuestro deporte y para nuestras chicas. Queremos emocionar al público, no enfriarlo. Nuestro papel es proteger a la mayoría de las concursantes y proteger nuestro deporte. Si la mayoría de las

candidatas quisieran desarrollar ese tipo de musculatura grotesca [*sic*], muy bien, pero no es el caso. Las mujeres son mujeres y los hombres son hombres; gracias, Dios mío, por esa diferencia». Bev Francis tuvo que conformarse con quedar octava...

Incluso entre las amigas de Gloria Steinem, la deportista de *bodybuilding* suscitaba reacciones contrastadas; unas se mostraban orgullosas y entusiastas, otras hostiles y asqueadas, y ello con independencia de su grado de compromiso feminista. «Antiguamente, el único sitio donde las mujeres podían hacer una demostración de fuerza eran los circos. Al menos, desde este punto de vista, hemos avanzado», le dice Bev Francis a Steinem cuando la conoce. Y cuenta lo siguiente: «Cuando era niña, quería llegar todo lo lejos que pudiera. Quería ser libre. Había un anuncio en la televisión australiana que yo odiaba, donde se veía a una mujer preparando la comida y el texto era el siguiente: “Dadle carne al hombre”.²⁴ ¿Y había que conformarse con eso?». El novio de la joven, Steve, se entrenaba con ella. Steinem comentaba: «La mayoría de los hombres se mostrarían reticentes ante la idea de ser el amante de la mujer más fuerte del mundo, pero Steve aprecia en lo que vale su éxito en un terreno que también es el suyo, y está a todas luces orgulloso de ella. Como el campeón de lucha George Zaharias, que, una generación antes, se casó con la atleta olímpica Babe Didrikson y la defendió contra las burlas en una época en que sus hazañas le valieron ser acusada de no ser una “mujer de verdad”; Steve ha creado con Bev un mundo aparte donde se apoyan mutuamente». ²⁵ En el mundo «normal», en efecto, no se espera que ningún hombre quiera a una mujer que cultiva sin complejos su fuerza física.

En este sentido, el tratamiento reservado al personaje de Brienne de Tarth en la última temporada de la serie *Juego de tronos* representa un paso al lado notable, sobre todo en una producción tan popular, vista por millones de espectadores. De una estatura y una anchura de espaldas impresionantes, metida en su armadura, con la cara pálida y los cabellos rubios muy cortos,

Brienne es una guerrera feroz y a la vez una muchachita romántica; al principio de la serie, la hemos descubierto enamoradísima del pretendiente al trono Renly Baratheon, al que servía y defendía con pasión. Su físico le vale toda clase de pullas; en su juventud, los chicos, para ridiculizarla, la apodaban Brienne la Belleza. Mientras velan las armas la noche antes de la batalla contra el ejército de los muertos, sus compañeros y ella están reunidos delante de la chimenea en el castillo de Winterfell. Entre ellos se encuentra Jaime Lannister, excomandante de la guardia real de una belleza arrogante, un personaje antiguamente odioso y maligno al cual las pruebas han transformado. Brienne ha desempeñado un papel decisivo en su evolución y ambos han tejido un lazo muy fuerte. Esa noche, a pesar de la tradición según la cual una mujer no puede ser armada caballero, la invita a arrodillarse, saca su espada y la arma caballero bajo los aplausos de sus compañeros de armas. Una vez ganada la batalla —gracias a la acción brillante de otra guerrera—, tras el banquete organizado para celebrar la victoria, se reunirá con ella en su habitación y harán el amor, que para ella será la primera vez. Así, la reconoce como una igual a la vez que le muestra su deseo, cuando, en general, esas dos actitudes se excluyen mutuamente (¿hay que precisar que es más alta que él?).

«SE RUEGA NO BRILLAR DEMASIADO»

La inferioridad femenina no debe ser únicamente física, sino también profesional y económica. En un grupo terapéutico destinado a hombres condenados por violencias conyugales, cuando la moderadora pregunta a los participantes si les choca que las mujeres puedan acceder a los mismos oficios que los hombres, uno de ellos responde: «A mí no me choca, siempre que mi mujer no tenga un oficio mejor que el mío. Si no, ¡sería la guerra! No solo en términos de dinero, sino sobre todo en términos de estatus.

Imaginemos que yo soy basurero y ella directora de una sucursal bancaria. Pienso que habría peleas; ella me rebajaría demasiado. Y lo único que podría hacer es callar, es la realidad. Me vería como a un pobre desgraciado, y ella sería la jefa...». ¿Y si es al revés? «Es lo mismo —contesta al principio—. Si el hombre es director de banco y ella es mujer de la limpieza, en una pelea, él le dirá: “Recuerda que no eres más que una mujer de la limpieza”. Siempre hay frases que hacen muchísimo daño.» «¿Los dos miembros de la pareja tienen que estar, pues, al mismo nivel?», le pregunta la moderadora. «Sí», responde él sin convicción, pero luego añade con una risa forzada (ya se veía venir): «O, a lo mejor, el hombre un poco más... No sé, no me gustaría que mi mujer llevase los pantalones». Cuenta que cuando, a los dieciocho años, lo hicieron director de almacén, su compañera lo «respetaba más» que cuando era un simple empleado.²⁶ ¿Cómo expresar mejor que la relación de pareja es vista como una relación jerárquica, como una relación de fuerzas?

Esta lógica vale para todas las clases sociales. Las revistas hablan periódicamente de esas mujeres que triunfan socialmente más y que ganan más dinero que su compañero, y se muestran comprensivas por la humillación que pueden sentir esos hombres —nadie imagina que una esposa pueda mostrar el mismo orgullo herido en la situación inversa, si bien es algo bastante generalizado—.²⁷ Las que cometen este crimen de lesa majestad tratan, por otra parte, de hacerse perdonar efectuando más tareas domésticas, y están más expuestas al divorcio.²⁸ El divorcio también amenaza a las actrices que ganan un Óscar, hasta el punto de que se habla de una «maldición de los Óscar»: «Los matrimonios de las actrices galardonadas tienen una duración de vida media de 4,3 años, mientras que los de las que pierden resisten 9,5 años».²⁹ Joan Crawford, Bette Davis, Halle Berry, Kate Winslet, Reese Witherspoon, Hilary Swank, Sandra Bullock: todas se separaron o se divorciaron al poco tiempo de haber sido premiadas. En Suecia, dos investigadores han constatado que, entre las candidatas a una

elección municipal o legislativa, las que habían ganado se divorciaban después dos veces más que las que habían perdido. En cuanto a las mujeres nombradas para dirigir una empresa, se divorciaban mucho más que los hombres que habían obtenido el mismo tipo de ascenso. Políticas electas o dirigentes de empresa, todas veían disminuir sus oportunidades de encontrar pareja, lo cual hace poco probable la hipótesis de que la ruptura con su marido sea debida a una afluencia de nuevos pretendientes. Detalle interesante: las parejas que se rompen son sobre todo aquellas en las que la mujer es mucho más joven que el hombre y se ha ocupado más de los hijos. Las parejas que eran más igualitarias desde el principio resisten mejor, ya que en el momento en que la mujer asciende la desestabilización no es tan grande.³⁰

Una amiga me confiesa que si la relación amorosa con el padre de sus hijos se ha consolidado, es en parte porque como este triunfaba espectacularmente en su profesión, no corría el peligro de tener envidia de los éxitos de ella. Otra, abandonada por un músico con el que acababa de iniciar una relación, me cuenta, al borde de las lágrimas, que cree que ha cometido un error fatal: no ha resistido la tentación de mostrarle la carta en la que le anunciaban el contrato, con una propuesta de salario, que había recibido de una institución prestigiosa y que le inspiraba un orgullo legítimo. No es seguro que eso haya desempeñado un papel en la decisión de ese hombre de preferir a otra, pero el simple hecho de que ella pueda sospecharlo y por tanto lamentar su impulso es revelador. Ella se pregunta si, para ser amada, no debería disimular sus éxitos y hacerse pasar por menos brillante de lo que es; si no debería, como Carla Bruni en las fotos, agachar la cabeza para no superar determinada estatura, pero en este caso de manera simbólica. Y no es paranoia por su parte: según un estudio americano de 2006, a los hombres en general no les gusta salir con mujeres más inteligentes o más ambiciosas que ellos.³¹

Por su parte, bell hooks se alegraba de haber encontrado a un hombre que comprendía y aprobaba sus aspiraciones intelectua-

les y que la apoyó durante sus estudios. Pero ese apoyo se lo retiró el día en que ella obtuvo el doctorado y le ofrecieron un puesto en una de las mejores universidades de Estados Unidos. «Mis ambiciones le parecieron bien mientras no eran más que eso: ambiciones.» Decepcionada y escandalizada, tuvo entonces la impresión de que se cumplían todas las profecías siniestras —«a los hombres no les gustan las mujeres inteligentes»— que le habían repetido durante su infancia. A lo largo del tiempo, oyó y leyó muchas historias parecidas, como la de Ai Ja Lee. Esta acupuntora y herborista excepcionalmente brillante, una china de origen coreano, se había casado con un compañero de la carrera de Farmacia. Cuando, al llegar a Nueva York, ella aprobó a la primera el examen de Farmacia y él no, el chico pidió el divorcio. «Se fue llevándose los muebles y el coche —contaba Lee—. Me quedaban tres dólares y tenía tres bebés que alimentar. Me daba tanta vergüenza que me abandonaran así... Pensé en el suicidio.»

Quienes viven este tipo de experiencias, señala bell hooks, tienden a acusarse a sí mismas más que al sexismo de su compañero. También observa que, muchas veces y de forma pernicioso, el entorno de las mujeres muy implicadas en su trabajo parece presuponer que el amor tiene poca o nula importancia en su vida: «La gente no puede aceptar que estemos enamoradas y que a la vez nos apasione nuestro trabajo. Son incapaces de ver que esas dos pasiones se refuerzan mutuamente, y tratan de negar nuestro derecho al amor». El espíritu crítico y avisado de las intelectuales en particular se interpreta «como dureza y como falta de empatía», escribe. Esa negación es tanto más injusta cuanto que estas mujeres tienen una gran necesidad de amor: «Las mujeres poderosas de todas las razas y de todas las clases sociales están siempre muy expuestas. Dependen del apoyo de aquellos a los que aman para poder sobrevivir a los ataques violentos que sufren. Deberían poder hablar sin vergüenza de sus aspiraciones a tener un compañero amoroso, un círculo de allegados que las apoyen».³²

En su novela *Nobelle*, Sophie Fontanel imagina la historia de

una escritora, Annette Comte, que en el momento de recibir el Premio Nobel de Literatura se acuerda del verano de cuando tenía seis años. Vivía con sus padres en Saint-Paul-de-Vence y se había enamorado de un niño de su edad, Magnus, con quien había hecho toda clase de travesuras durante las vacaciones. La niña al final le enseñó los poemas que escribía. Pero Magnus se apresuró a regalárselos a otra niña, la «encantadora» Magalie, para seducirla. Cuando lo descubrió, Annette quedó devastada. Una escena la muestra, poco después del incidente, mirándose al espejo y comparándose con Magalie; duda de sí misma por primera vez. La traición de Magnus la arranca de la inocencia de la infancia, ese reino donde uno puede esperar existir y amar fuera de los roles de género y las limitaciones que estos imponen. De pronto, se evalúa a sí misma según el criterio estrecho de su conformidad con los cánones de belleza, dando al traste con la embriaguez que le proporcionaba su virtuosismo literario. «Un pensamiento me dejó helada: el bebé era yo. Magnus y Magalie ya eran personas mayores, ella vestida a la última moda, él capaz de cálculos atroces. Y yo era la niña ingenua, ni siquiera encantadora.»

Para intentar consolarla, sus padres le hacen la siguiente pregunta: «Si pudieras elegir, ¿en qué lugar te gustaría estar? ¿En el de Magalie, que recibe poemas de un mentiroso? ¿En el de Magnus, que no sabe escribir un poema? ¿O en el de Annette, a quien un dios le ha concedido un don?». Tiene que admitir que prefiere el lugar de Annette, el suyo. Y, unas décadas más tarde, concluye así su discurso ante la Academia Sueca: «Todos los grandes poderes tienen un precio».³³ Pero un varón que escribe no se encuentra nunca con el mismo tipo de dilema. Si paga un precio por el don que ha recibido, no es el precio del amor. Para él, talento y seducción son acumulativos; solo para las mujeres pueden excluirse el uno al otro, como Annette aprendió precozmente (Sophie Fontanel no oculta haber traspuesto a la infancia una decepción amorosa que acababa de vivir).

Por tomar prestado el vocabulario de Eva Illouz, la experien-

cia real de mi amiga con su músico, igual que la experiencia ficticia de Annette Comte con su Magnus, puede resumirse en estos términos: su «posición social» ha arruinado su «posición sexual». Illouz se dedica a identificar las líneas de fuerza que dan ventaja a los hombres en el terreno amoroso. El valor de las mujeres, constata, sigue definido en función de su conformidad con unos criterios estéticos muy concretos, por una parte, y en función de su juventud, por otra. Inversamente, la seducción de los hombres se ejerce principalmente a través de su estatus social, con independencia de su edad. Esto les da una triple ventaja: «Primero, su poder sexual no se agota tan deprisa como el de las mujeres y aumenta con el tiempo. [...] Además, tienen acceso a un muestrario más importante de potenciales parejas, porque pueden acceder a la vez a mujeres de su edad y a mujeres mucho más jóvenes. Y por último, su poder sexual no es distinto ni opuesto a su poder social, y ambos se refuerzan mutuamente. En las mujeres, en cambio, la posición sexual y la posición social pueden entrar en conflicto mucho más fácilmente».³⁴

«EROTIZAD LA IGUALDAD»

Sin embargo, esas leyes no son absolutas. Además, creyendo que lo son correríamos el riesgo de convertirlas en profecías autocumplidas, hacer más rígidas las posiciones, negar la plasticidad de la vida y del amor. La serie americana *La maravillosa señora Maisel*, que se desarrolla a finales de la década de 1950, lo ilustra muy bien (si pensáis verla, saltaos este párrafo y el siguiente, ya sé que mis libros están llenos de *spoilers*, lo siento). Miriam Maisel, alias Midge, una joven mimada de la burguesía judía neoyorquina, madre de dos niños de corta edad, está casada con Joel, que trabaja en una gran empresa, pero que sueña con triunfar como monologuista. Aunque ella se esfuerza por ser una esposa, una amante y un ama de casa perfecta, y apoya a su marido en la persecución de

su sueño, también es una mujer brillante e ingeniosa, y parece que Joel se siente superado. Muy pronto, la abandona por su secretaria, presentada como espectacularmente estúpida. «No soy ingenua, ya sé que los hombres prefieren a las mujeres tontas —suspira Midge, devastada—. Pero yo creía que Joel era diferente. Creía que le gustaba la espontaneidad, la inteligencia, que quería que lo estimularan.» Entonces, cuando cree que su vida se ha ido a pique, es cuando descubre, casi por accidente, su propia vocación para los monólogos. Empieza a actuar en cabarets a escondidas de sus allegados. Su marido, que se cansa pronto de su amante, no tarda en volver a ella. Se preparan para anunciar su reconciliación a las familias respectivas cuando, por casualidad, él la ve actuar. Se derrumba. No solo ella triunfa donde él ha fracasado («es buena», repite sollozando), sino que no soporta la idea de que ella pueda hablar públicamente de su vida con él: «No puedo ser un chiste», dice. Vuelve a romper con ella y le destroza el corazón por segunda vez.

A continuación, sin embargo, esos dos personajes sufren una evolución apasionante. Midge se realiza como artista y aprende la independencia. Ella, que nunca había trabajado, entra como vendedora en un gran almacén a la espera de que su carrera despegue. Joel, por su parte, admite por fin que no está dotado para hacer monólogos. Abandona su empleo y, mientras reflexiona sobre lo que de veras le gustaría hacer, ayuda a su padre a dirigir su fábrica de confección. Tras haber sido insoportable como marido, se revela como un ex muy aceptable. Pasada la primera impresión, está orgulloso de Midge. La admira, y esa generosidad lo hace infinitamente más seductor que el tipo caprichoso, infantil y egocéntrico que era al final de su matrimonio. Cosa increíble para su entorno, se queda con los niños cuando ella se va de gira. En definitiva, le paga una pequeña parte de la inmensa deuda que los hombres han acumulado con las mujeres cuando se trata de apoyar al otro y de ayudarlo a realizarse. Al salirse de los roles en los cuales se habían metido de forma natural al casarse, y que habían

resultado ser tan debilitantes para el uno como para la otra, ambos se convierten en individuos mucho más interesantes de lo que eran como esposos; y su historia, al escapar del control social y familiar, también se vuelve mucho más interesante. Recuperan su complicidad de jóvenes enamorados. A la vez que tienen aventuras cada uno por su lado, vuelven a acostarse de vez en cuando. Una mañana, en Las Vegas, donde Midge actúa y donde Joel se ha reunido con ella para pasar unos días juntos, descubren que la víspera por la tarde, completamente borrachos, se han vuelto a casar, precisamente cuando acababan de conseguir el divorcio... Así, su relación también se vuelve cada vez más sexi.

Mientras escribo, tengo a la vista una credencial que reproduce un eslogan famoso de Gloria Steinem: «*Eroticize equality*» («Erotizad la igualdad»).³⁵ Difícilmente se puede expresar mejor. La mayor parte del tiempo, nuestras representaciones siguen siendo muy convencionales. Todavía hoy son los varones, y no precisamente los más progresistas, quienes controlan la definición de lo que es una mujer seductora, recuerda Eva Illouz: «El consumo de imágenes de cuerpos sexuales y atractivos se ha desarrollado a lo largo del siglo xx, aumentando la facturación de multitud de industrias culturales que exhiben a mujeres, pero que mayoritariamente pertenecen y son gestionadas por hombres».³⁶ Esta es por cierto una de las enseñanzas del caso Weinstein: durante décadas, un hombre que consideraba a las mujeres como carne —y que, con toda probabilidad, no era el único en ese ambiente— ejerció, como productor de primera fila en Hollywood, un poder inmenso sobre nuestros imaginarios.

Pero el mundo del espectáculo no solo se muestra conservador en las imágenes y en las ficciones que produce: también lo es, lógicamente, en sus costumbres, puestas en escena en el universo del famoseo. Por tanto, cuando uno de sus miembros demuestra alguna audacia, eso se convierte en acontecimiento. Lo prueba la emoción que despertó el actor Keanu Reeves en noviembre de 2019, cuando efectuó su primera salida oficial con su nueva pareja, la

artista Alexandra Grant. La elegida tenía la edad canónica de cuarenta y seis años, es decir, «solo» nueve años menos que Reeves, y además no se teñía el pelo. Las comentaristas de la prensa americana estuvieron a punto de conceder una medalla al valor masculino a la estrella de *Matrix*. ¡Una artista con el pelo blanco! ¿Por qué misterio cósmico había podido preferirla a una modelo de veinticinco años descubierta en la portada del especial «trajes de baño» de *Sports Illustrated*? Reproduciendo un artículo que contaba cómo, en 1993, Reeves se negó a obedecer a Francis Ford Coppola cuando este le pidió que insultase a Winona Ryder para hacerla llorar en el rodaje de *Drácula*, sellando así una amistad eterna entre los dos actores,³⁷ Titiou Lecoq formulaba una hipótesis que se impone espontáneamente: «¿Es este hombre la encarnación de la perfección? ¿Ha bajado a la Tierra este hombre para enseñar a los varones en general una nueva vía en la masculinidad?».³⁸

Siempre es agradable y emocionante ver a una pareja o a un hombre salirse de la fila. En Francia, lo comprobamos cuando el escritor Yann Moix hizo que se hablara de él al declarar tranquilamente en *Marie Claire* (en febrero de 2019) que, a los cincuenta años, era incapaz de amar a una mujer de cincuenta años. El actor Vincent Lindon reaccionó entonces diciendo: «Yo adoro a las mujeres de mi edad. [...] Encuentro que no hay nada más bonito que ver a una mujer o a un hombre que acepta mostrar las marcas del tiempo. Encuentro que es emocionante, que hay un olor, que hay algo sentimental, nostálgico y melancólico. Y yo siento un deseo enorme de nostalgia y de aceptación de las cosas».³⁹ Teniendo en cuenta el sexismo que se exhibe en otras partes sin complejos, este tipo de declaraciones son siempre bienvenidas. Pero hay que admitir de todas formas que resulta problemático encontrarse ensalzando a un hombre simplemente porque se digna a amar a una mujer por el conjunto de lo que es —es decir, porque se digna a amar como las mujeres aman a los hombres desde siempre—. Es problemático encontrarse discutiendo en la televisión para determinar si las mujeres de cincuenta años son

follables o no, cuando nadie concibe el mismo tipo de debates a propósito de los hombres de esa edad —nadie se pregunta si Yann Moix o Vincent Lindon no están demasiado ajaditos ya como para que alguien los desee—. Además, la relativa escasez de esos caballeros andantes les confiere paradójicamente un poder mayor aún, y de este modo encadena todavía más a las mujeres a la mirada y a la buena voluntad de los varones. Los sociólogos Jean Duncombe y Dennis Marsden lo señalaban en 1993: si una mujer tropieza con un hombre que está realmente dispuesto a vivir una relación igualitaria, «estará siempre estructuralmente subordinada por su estatus de mirlo blanco, ya que los dos saben que él podría “encontrar algo mejor” en términos patriarcales». ⁴⁰ Solo un cambio de mentalidad global podría realmente restablecer el equilibrio.

Una mujer heterosexual que no se autocensure en nada, que no se pliegue a esas pequeñas o grandes alteraciones de sí misma que exige la feminidad tradicional, se arriesga pues a poner en peligro su vida amorosa, a menos que encuentre un hombre que no tema que se burlen de él o lo ridiculicen. Según los criterios patriarcales, el que elige como compañera a una igual, renunciando así a una parte de la dominación que tiene derecho a ejercer, será en efecto considerado masoquista, o visto como un excéntrico, o como un traidor, o las tres cosas a la vez. Se coloca en una posición infamante, pues es la que generalmente está reservada a las mujeres. Amar a un hombre que se realiza plenamente confiere prestigio a una mujer; amar a una mujer que se realiza plenamente se considera amenazante para un hombre. La seducción masculina se define por el exceso; la seducción femenina, por la carencia.

LAS CONSECUENCIAS DE SER UN FANTASMA

Pero entonces, las que corresponden a los criterios de la seducción femenina generalmente admitidos, las que no contravienen las leyes implícitas de esa dominación tranquila y generalizada,

¿tienen acaso una vida amorosa más fácil? No necesariamente, pensamos al leer los diarios íntimos que publicó la actriz y cantante Jane Birkin.⁴¹ Hija de la actriz Judy Campbell, madre de la fotógrafa Kate Barry (fallecida en 2013), así como de las actrices y cantantes Charlotte Gainsbourg y Lou Doillon, Birkin pertenece a una de las grandes familias de la aristocracia del mundo del espectáculo. Se convirtió en un mito por su belleza, su estilo y por la pareja que formó con Serge Gainsbourg. Y sin embargo, al leer sus cuadernos, nos percatamos de hasta qué punto ocupó siempre una posición frágil frente a sus compañeros sucesivos. Los dos primeros, John Barry y luego Serge Gainsbourg, ambos netamente mayores que ella, debían su seducción a su talento y a su estatus de creadores, que les conferían posición social y poder —poder sobre ella y poder en general—. Por su parte, ella seducía esencialmente por su belleza, indisociable de su juventud. Barry se casa con ella cuando Jane es una actriz principiante de dieciocho años. Él tiene treinta y uno, y ya es el compositor mundialmente conocido de la música de *James Bond*. Gainsbourg, por su parte, tiene veintiún años más que ella cuando se conocen, en 1968, y ya es un compositor y un cantante famoso.

Son ciertamente dos hombres muy diferentes. Barry, un personaje odioso, no le hace caso, vuelve borracho por las noches, se niega a hablarle y le grita porque sus sollozos le impiden dormir. De Gainsbourg, con quien vivirá doce años, traza un retrato complejo: el de un hombre tiránico, maniaco, machista, pero cariñoso, capaz de ternura y de complicidad. «Ahora sé lo que tiene de mágico Serge: sus defectos —escribe en 1981, cuando ya lo ha abandonado—. Es egoísta, celoso, con un carácter dominante, pero es divertido; profundamente amable y original hasta en las tonterías más estúpidas que comete. No hay nadie como él. Su cara de chiquillo feo, su borrachez incontrolable, su enorme encanto. El más humano, el más perspicaz, el más abierto, el más sentimental.» Sin embargo, ante él, ella solo existe como musa y como intérprete. Se integra en su universo, se pone a su servicio.